

Fútbol, selección y Nación: reflexiones y replanteamientos desde la derrota

ANDRÉS DÁVILA LADRÓN DE GUEVARA

Político, Director de Justicia y Seguridad del Departamento Nacional de Planeación, Bogotá, Colombia

RESUMEN

A partir de la eliminación de la selección Colombia, en su intento por clasificar al Mundial de Alemania 2006, este trabajo avanza algunas reflexiones sobre el nexo entre fútbol, selecciones nacionales y configuración de la Nación, en este caso desde las reacciones a la derrota sufrida. En una primera parte, recapitula el trabajo previamente adelantado en lo conceptual, metodológico y empírico para el estudio de esta misma temática en el caso colombiano en el periodo 1985/7-2001. En la segunda, actualiza el análisis a lo sucedido entre 2001 y 2005 también en el caso colombiano y, especialmente, en el largo trayecto de las eliminatorias a Alemania 2006. En una tercera parte, hace un ejercicio comparativo con lo sucedido en los tres países vecinos alrededor de la misma temática. Finalmente, sintetiza los principales hallazgos y, reconociendo el nexo cierto entre el desempeño de un seleccionado nacional y procesos que aportan al complejo entramado de la configuración nacional, deja abiertas varias preguntas para debatir y alimentar la discusión al respecto.

Palabras clave: Colombia, fútbol, selección

ABSTRACT

Based on the Colombian soccer (UK: football) team's failure to classify for the 2006 World Cup in Germany, this article (opc: text, document, working paper) puts forth some propositions on the relation between soccer, national soccer teams and the configuration of the Nation-State, based on public reactions to defeat. First, I review prior conceptual, methodological and empirical work done on the matter for the period between 1985/7-2001. Second, I analyze the chain of events that materialized in Colombia between 2001 and 2005, emphasizing

the protracted classification process for the 2006 World Cup. Third, I develop a comparative analysis of the events that took place in three neighboring countries in relation with the same subject matter. Finally, I summarize the study's main findings and, acknowledging the relation between the performance of national soccer teams and the processes that influence the complex configuration of the Nation-State, put forth a number of questions that ought to fuel further debate and research in the matter.

Key word: Colombia, football, selection

De nuevo, pero esta vez en octubre, Colombia quedó eliminada de la Copa Mundial de Fútbol Alemania 2006. No sirvió el recurso a los agüeros: la camiseta de Colombia sobrepuesta a la ropa de diario, como cuando ganamos; la pulsera en el brazo derecho como cuando no perdimos; mis dos hijos acompañándome el primer tiempo, pues tenían que acostarse a dormir para el colegio, como cuando clasificamos. Y claro, tampoco sirvió el flaco equipo paraguayo que enfrentamos, ni la fe en que Argentina es Argentina. Por segunda ocasión repetida, luego de tres clasificaciones consecutivas, estamos por fuera de la fiesta mundial del máximo evento.

Eso sí, al menos, las cosas sucedieron de manera relativamente normal. Es decir, sin llevarnos trágicamente de la euforia a la depresión y reiterándonos lo excepcionales que somos los colombianos, incluso para fracasar trágicamente y para ser golpeados de manera muy particular por los hados del destino. Por ejemplo, no empató agónicamente Argentina (lo cual nos ponía de nuevo en el repechaje), mientras, segundos después de celebrar y sufrir y tener revueltas esas sensa-

ciones en la boca del estómago, Córdoba, Pelea o Yepes hacían un autogol absurdo e injustificado¹ (lo cual nos volvía de nuevo a la infame condición de eliminados). Y, sin que sucedieran cosas notoriamente extrañas para el juego limpio como las que sucedieron hace cuatro años. Por el contrario, fue como el lento acontecer de una muerte esperada, procesada, trabajada e, incluso, deseada por muchos.

Y claro, las reacciones en los medios de comunicación, en los hinchas, en los colombianos del común, pero también en los protagonistas: futbolistas, técnicos, directivos, son desesperantemente iguales a las de hace cuatro años, cuando quedamos por fuera del mundial de Corea-Japón en 2002. Y, si fuéramos un poco más atrás, seguramente muy parecidas, increíblemente semejantes, a las que se dieron en 1985, 1981 y de ahí para atrás.

Así las cosas, no es fácil abordar la cuestión del fútbol y la identidad nacional sin caer en lugares ya visitados y en argumentos repetidos. Pero ése es, sin duda, un buen reto. En

medio de la amargura de no estar, de haber fracasado, ¿será factible repensar la cuestión de por qué y cómo un seleccionado nacional de fútbol puede jugar, y de hecho juega (en el doble y enriquecido sentido de esta palabra), un papel significativo en los procesos de construir, representar, reflejar, potenciar, redefinir ese inasible asunto de la identidad nacional? Este lento retorno a nuestra condición histórica (a la que se vivía naturalmente cada cuatro años hasta el glorioso año de 1989), ¿qué nuevas ideas nos permite desarrollar o cómo debemos reformular lo que se venía planteando al respecto? Y, ¿qué hipótesis, preguntas, argumentos vale la pena resaltar, teniendo en cuenta la situación opuesta que atraviesan nuestros vecinos más cercanos? Porque no hay que olvidar que, desde una perspectiva comparada y fronteriza, es muy diferente la situación que futbolísticamente hoy viven los países más emparentados con Colombia, en términos históricos: Ecuador, clasificado por segunda vez consecutiva y *sin la más mínima circunstancia dramática*, ni siquiera la vivida cuando aquel extraño atentado al Bolillo Gómez; Venezuela, con el desempeño sin duda más destacado de su historia futbolística y con el mérito, incluso, de pelear con alguna posibilidad hasta la penúltima fecha (y con la clara conciencia de ser en buena parte responsable de la eliminación de Colombia, pues nos ganó 4 de los seis puntos en juego); y hasta Panamá, eliminado, pero capaz de alcanzar, por primera vez, la final en la Copa de Oro, luego de vencer dos veces a la supuesta «potencia» colombiana.

En relación con los cuestionamientos esbozados, a continuación se desarrollarán tres

apartados bien distintos. En el primero, se recogerán las ideas fuerza de trabajos previos, algo así como el estado de la cuestión desde mi particular perspectiva. En el segundo, volveremos sobre las implicaciones de las eliminaciones, los cuestionamientos reiterativos y ese desandar el camino y reincidir en una ruta ya suficientemente transitada, como un lugar para repensar los nexos entre fútbol y Nación. Y en el tercero, para avanzar algunas reflexiones de ese ejercicio comparado y fronterizo al que hemos hecho referencia. Al final, cabrá examinar si, en algún grado, se han aportado ideas para abrir caminos de trabajo y de posibles respuestas a los interrogantes planteados en esta atípica introducción.

RECAPITULANDO SOBRE EL TEMA

En tres trabajos previos, «Fútbol y cultura nacional», «La Nación bajo un uniforme: la Selección Colombia 1985-2000 (I)» y «La Nación bajo un uniforme: la Selección Colombia 1985-2001 (II)»², he desarrollado algunos planteamientos básicos sobre cómo, a través del deporte, del fútbol y, en particular, de los seleccionados nacionales, se puede construir Nación, imaginarios de lo nacional, referentes duros, banales o discursivos de la identidad nacional, discursos sobre qué es ser colombiano (o brasileño, o ecuatoriano o sanmarinés). Y, al igual que otros autores, he encontrado en competencias específicas, pero ante todo en el mundial de fútbol y en las arduas y competidas eliminatorias que a él conducen, situaciones y condiciones específicas donde esta tarea se puede llevar a cabo de manera más notoria, significativa, impactante y social y políticamente relevante.

Cabe resaltar, entonces, los planteamientos más duraderos que han conducido esta indagación y los hallazgos de mayor relevancia en el transcurrir de las distintas investigaciones. Para empezar, cabe reiterar con convicción analítica que el fenómeno futbolero constituye una arena pública en la cual se despliegan actores y procesos, mucho más allá del juego propiamente tal, pero sujetos a la racionalidad y a la dinámica que, terceramente, este deporte impone. Y por ello, el tema de lo nacional, de la identidad nacional, de la construcción de una imagen de Nación recorre, circunda, atraviesa de múltiples maneras esta arena pública para ser desplegado, apropiado, reinventado por actores y procesos que se entrelazan dinámica, contradictoria y paradójicamente con el fútbol, como deporte y como juego. Pero en esta interacción, lo nacional y el fútbol generan un ámbito común que trasciende sus propias dinámicas para constituirse como actividad cultural, social y políticamente significativa, pues el fútbol por su sencillez, por su universalidad, por ser jugado con los pies, por su tiempo, que es como el de la vida y sus reglas, que están en manos de un demiurgo, el señor juez y la selección nacional, por la forma como convoca y representa, como refleja y es reflejada, como sintetiza y traduce, como hace converger y disemina, transmiten un mensaje que va más allá de lo que imaginamos.

No obstante, ese ámbito común, relevante, no es el de los referentes tradicionalmente considerados «duros» en los procesos de construcción de Nación. No corresponde ni a los hitos históricos de una revolución de independencia, una guerra civil o al papel homogeneizador del Estado, la Iglesia, los

partidos o las Fuerzas Armadas. Ni siquiera al papel paulatino y progresivo de una campaña educativa o de alfabetización. Mucho menos, a la tarea estructural de configurar un mercado interno, construir infraestructura para interrelacionar regiones y modos de vida distintos o para igualar en condiciones básicas a personas de distintas condiciones, oportunidades y posibilidades. Pero tampoco corresponde, en estricto sentido, a los referentes que distintos autores recogen con las nociones de nacionalismo banal o trivial y que se encuentran asociadas a los rasgos cotidianos y culturales de los modos de vida de la comunidad: la comida, las formas de vestir y revestir a las personas y sus actividades cotidianas, el lenguaje.

Por lo tanto, parece estar, eso sí, en un lugar intermedio que, a veces, se alimenta de los procesos «duros» de construcción de Nación, a través de circunstancias y momentos, de procesos (en algunos casos), en los cuales un seleccionado nacional libera, conquista o reconquista, supera una histórica dependencia, indica como liberar, romper, cambiar. Momentos, situaciones, circunstancias, procesos, en que la selección nacional y el fútbol reemplazan lo que fuerzas políticas y sociales no han logrado resolver. Y lo hacen por medio de gestas épicas, emancipatorias, revolucionarias. Pero, a la vez, en ese lugar intermedio, permanentemente se nutre de los factores banales y triviales con su condición profunda, estructurante pero relativamente invisible e inasible, en la cual un director técnico o un jugador ídolo amalgaman todo aquello que se quiere ser. Y el fútbol y la selección lo hacen a través de la generación de narrativas y discursos que proponen acerca

de la Nación, lo nacional, la identidad nacional.

Y si es así, entonces la cuestión nacional tiene que ser pensada como un proceso «vivo, cambiante, en constante elaboración y reelaboración»³, sin que, en principio, quede espacio para los lamentos reiterativos de quienes no se cansan de hablar de la crisis de la Nación y de las ausencias de la identidad nacional.

En este orden de ideas, el fútbol y la selección se configuran como un lugar privilegiado para el desarrollo de estos discursos en su permanente entrelazamiento con la sociedad en la cual se gestan. Con la simultánea potencialidad y fragilidad que ofrece el fútbol como fenómeno de masas, espectáculo de multitudes, actividad mediática y empresarial de primer orden, pero sujeto, como ya se señaló, a los avatares del juego, del triunfo y la derrota, el azar y el destino, las mil caras de la representación y la única del vértigo. Pero este fenómeno y esta feliz e infeliz coincidencia no son eternos, son históricos, y así se desarrollan según países y según momentos.

Por otro lado, en el caso colombiano, estudiado a mayor profundidad y con mayor detalle, logramos entender algo que puede parecer obvio, pero que no sobra destacar. Estos discursos de Nación, estos referentes intermedios de la identidad nacional, de lo que es ser colombiano, se configuran por una particular convergencia entre lo estético y un modo de jugar que, decididamente, quiere diferenciarse y representar, a la vez que es reconocido, interna y externamente, como pro-

pio, distinto. Adicionalmente, por una amalgama de regiones, imágenes, personalidades que nunca como entonces se reconocieron y representaron.

No obstante, el principal hallazgo se dio al encontrar cómo los discursos y los referentes no se generaban y potenciaban únicamente en el triunfo, sino de manera semejante y a veces incluso más diciente en la derrota. Y allí, en ese par dicotómico, tanto en el triunfo (primer momento de atención a la cuestión), como en la derrota (segundo momento de atención obligada a la decepción) parecía configurarse un particular modo de ser y vivir. Y se configuran diversos pero convergentes discursos de lo nacional en un paulatino y complejo ir y venir entre lo que hace o deja de hacer un equipo en un torneo, en una competencia, en un partido; lo que los medios de comunicación elaboran, a partir de lo sucedido en la cancha, pero también en sus alrededores, en el antes, el durante y el después; y lo que la sociedad, hinchas y no hinchas, fuerzas políticas y sociales, estamentos públicos y privados, finalmente reelaboran, asumen, rechazan, aprueban, reconfiguran, modifican.

Entonces, lo que inicialmente se reconocía sólo a través de los triunfos, y se leía como una enorme potencialidad, derivada del factor de emulación y atracción que generaba el fútbol y la selección y el mundial, pasó luego a transmutarse en una tensión generadora de imágenes y contraímagenes, derivadas del triunfo y de la derrota: ganar a la colombiana, es decir, ganar sin ganar y perder a la colombiana, es decir, perder con escándalo, asesinato, expulsión y goleada. Pero luego, la

derrota acompañada de otras significaciones y de hechos complementarios propició una pregunta irresuelta: acerca de si la derrota funge, como obstáculo o como fuente generadora de imágenes y modos de ser y vivir, cierta forma de lo nacional-colombiano.

Finalmente, el apasionante examen de la cuestión, que se nutre de revisar partidos, transmisiones, locuciones, diarios, revistas, titulares y que se puede acompañar de la generación de videos de recomposición de lo sucedido, dejó en suspenso tres tensiones a resolver en nuevas aproximaciones a la cuestión. En efecto, sin desconocer la enorme potencialidad del fútbol, de la selección nacional, en estos procesos, quedó en claro que, un poco en parte por la enorme dificultad para manipular lo que ellos conllevan, se forjan disyuntivas sobre las que habría que ahondar: superficialidad-profundidad de los discursos de Nación generados a través del fútbol; perdurabilidad-coyunturalidad de las imágenes y discursos allí planteados, y potencialidad-fragilidad de los procesos allí gestados.

Pues bien, a partir de estas tres tensiones puede leerse lo recientemente sucedido en el caso colombiano, eso sí, con reflexiones y advertencias hacia la experiencia ecuatoriana, venezolana y panameña.

ELIMINACIONES Y CUESTIONAMIENTOS

El más reciente trabajo sobre el tema cerraba un ciclo de reflexión sobre lo sucedido con la selección Colombia de fútbol, en 2001. La fecha de cierre de ese análisis no era sólo resultado del momento en que se escribía el texto, sino de dos hechos que entonces se ha-

bían sucedido: de una parte, la obtención de la Copa América en 2001 y, de la otra, la no obtención del cupo al mundial del 2002, en Corea-Japón. Ambos hechos bajo el mando de Francisco Maturana, a su vez el responsable del ascenso increíble del fútbol colombiano al finalizar la década de los años ochenta y comenzar la de los noventa.

De entonces a hoy pasaron varias cosas que vale la pena resaltar, pero dentro de un conjunto de reflexiones que se quieren proponer: 1) qué significaba esta selección en términos de lo nacional; 2) cerrado el ciclo anterior y con dos fracasos en ciernes, ¿qué aportes discursivos se propiciaban y como proceso en qué lugar nos ubicábamos?, y 3) ¿por qué las reacciones y los imaginarios permanecen constantes, invariados, pese a que todo y todos son diferentes?

Con respecto a la primera cuestión, antes de mencionar lo relativo al seleccionado de mayores en la eliminatoria, este período se caracterizó, a diferencia de lo sucedido a lo largo de los últimos años de la década del noventa y recién iniciado el nuevo siglo, por un trabajo estructurado y bien planificado en las categorías menores. Ello se reflejó en la participación en tres de cuatro mundiales, de categorías menores, y en la obtención de un tercer y cuarto puesto a nivel mundial, así como un título suramericano en 2005. La única presentación con categorías menores que no colmó las expectativas se dio en el preolímpico.

Luego, en la Copa América de Perú, sin el equipo titular, se obtuvo el cuarto lugar y en las dos Copas de Oro, con equipos alternos,

los desempeños dejaron mucho que desear. A nivel mundial, todavía bajo la batuta de Maturana, se obtuvo un honroso cuarto lugar y se mostró un nivel rescatable, enfrentando equipos de primer nivel, como Francia, Camerún y Turquía. No obstante, después de esta actuación que hubiese podido ser esperanzadora, vino el flaco inició de la eliminatoria, con la obtención de 1 punto de 12 posibles, con derrota por goleada frente a Bolivia, en La Paz, y derrota histórica frente a Venezuela, en Barranquilla, por 0 a 1. Tales resultados, que se acompañaron de la renuncia de dos figuras reconocidas, el goleador Víctor Hugo Aristizábal y el portero Oscar Córdoba, condujeron a la salida de Francisco Maturana y su cuerpo técnico y al nombramiento del técnico Reynaldo Rueda, quien venía de salir tercero del mundo, con la selección sub 20, en Emiratos Árabes Unidos.

La selección, aunque al final no consiguió clasificar al equipo, obtuvo 23 puntos en 14 partidos y, al menos, consiguió revivir un conjunto que tomó en el fondo de la tabla. En la campaña tuvo momentos de muy alto rendimiento, acompañados de partidos en que consiguió resultados rescatables y otros en que, definitivamente, entregó puntos que al final le costaron la clasificación. En términos generales, mantuvo una estructura basada en el arquero Miguel Calero, en los dos defensas centrales, en que se ha apoyado la selección Colombia en los últimos seis años, es decir, en Iván Ramiro Córdoba y Mario Alberto Yepes, ambos desarrollando su carrera en la alta competencia del fútbol europeo, y en el delantero Juan Pablo Ángel, que también se desempeña en el altamente competitivo fútbol inglés. De allí en adelante, no

hubo un equipo base reconocido y aceptado. Le dio oportunidad a revelaciones, como el defensa Luis Amaranto Perea, a veces de central y en otras de lateral derecho; utilizó a Gerardo Bedoya, ante la ausencia de otras alternativas por el lateral izquierdo. En la mitad de la cancha impuso, como cabeza de área, a «Choronta» Restrepo, en contra de toda la crítica deportiva y sin que su desempeño, menos malo de lo que ésta señaló, alcanzara para darle la razón al técnico. En la labor defensivo-ofensiva probó con muy diversas fórmulas y, en principio, trató de darle cabida a los de mejor momento en cada convocatoria. Por allí pasaron «Totonó» Grisales, «El viejo» Patiño, Viáfara, Juan Carlos Ramírez, Frankie Oviedo, Fabián Vargas, Elkin Soto, Alex Viveros. En un comienzo respaldó a Giovanni Hernández, como creativo, pero, al final, lo reemplazó con Tressor Moreno. Pero en tal función y a veces como quinto volante media punta, utilizó a Víctor Danilo Pacheco, a Elkin Murillo, a David Ferreira e incluso a Jairo Castillo. En los últimos partidos le dio oportunidad de manera más decidida a Luis Gabriel Rey, goleador en México, aunque previamente le había dado algún chance a Sergio Herrera y luego también a Arzuaga, Edixon Perea y Guason Rentería.

Me he detenido en estos detalles por dos razones fundamentales. Para resaltar que, en definitiva, salvo por los porteros y, eventualmente, Iván Ramiro Córdoba, este equipo, definitivamente, no tenía nada que ver con la generación de futbolistas que le permitió a Colombia sus mejores desempeños en la élite del fútbol suramericano y mundial. Era, en consecuencia, la generación de relevo y su

reto fue, cuando menos, mostrar que algo se había evolucionado y aprendido respecto de lo que, tradicionalmente, había sido el desempeño del fútbol colombiano. Pero, por lo mismo, no estaba sujeta ni a los cuestionamientos con los que terminó la carrera de los anteriores, ni representaba o reflejaba de la misma forma el sentimiento por la selección que se construyó a lo largo de la década de los años noventa.

Con lo anterior, el equipo, su fútbol, su entronque con los medios, la radio, la prensa en general, los hinchas, tenía un sabor y un color muy distintos. Así como es factible hablar, en este último período, de un proceso global de selecciones, la de mayores no ha configurado como tal un camino propio. Adicionalmente, a diferencia de la etapa anterior, se gestaron procesos novedosos y distintos, producto del auge exportador, sobre los cuales no teníamos ni experiencia, ni referentes (algo de esto se vivió en la fase 99-01, pero en menor grado que ahora). Aún más, por primera vez, la selección estaba conformada principalmente por jugadores que se desempeñaban por fuera del país. Varias de las alineaciones tipo tenían, a lo sumo, dos o tres jugadores que provinieran del medio colombiano. Ello eliminaba, hasta un cierto grado, la pugna regional previamente existente, y ponía en la cancha jugadores acostumbrados a la presión, que habían logrado forjar su carrera en la competencia internacional y que, producto de esta experiencia, tenían otros referentes, una cultura más internacional, una forma de vida menos provinciana. Representaban, así, una condición del colombiano algo diferente: a lo sumo la del migrante que busca su futuro por fuera del país y que,

por tanto, mejora su condición económica y social, pero conserva importantes referentes familiares. Además, por origen social y textura (pinta, diríamos más sencillamente en Colombia), no marcaban diferencia como René, Leonel, Valderrama y, en muchos casos, parecían provenir más de sectores medios que de sectores marginales, tal y como se ha construido su imaginario (piénsese en Farid, los Córdoba, Calero, Yepes, Ángel), aunque siempre hubo espacio para la convivencia con futbolistas que surgen de la nada y se juegan la vida en cada partido. En su conjunto, ésta era una experiencia nueva, distinta, diferente a lo que hasta entonces se había vivido. Incluso, el trabajo en las convocatorias adquirió otro cariz: recuperar, poner a punto, complementar. El tiempo de trabajo no daba para más.

Así las cosas, este equipo, salvo por los titulares indiscutidos (Calero, ¿Córdoba?, Yepes, Ángel), no ofrecía una línea de continuidad ni en la alineación, ni en el estilo de juego, ni en la propuesta futbolística, ni en su nivel de desempeño. En torno suyo y de manera creciente la relación se hizo esporádica y pragmática: si ganaban, eran los mejores, aunque nadie lo creía demasiado; si perdían se les podía criticar incluso con inquina, pero sin consecuencias. Como, además, luego de los partidos salían del país, se generaba una especie de corto circuito, tanto en el reconocimiento como en el cuestionamiento. Subyacían, eso sí, dos nociones importantes: que constituían un grupo competitivo, al menos a nivel latinoamericano, porque eran el recambio, porque triunfaban (¿?) en el extranjero y porque sí, porque de lo contrario no se le podía inculpar a Bolillo Gómez de haber

fracasado en el relevo generacional; y que en condiciones normales (signifique ello lo que quiera significar) deberían llevarnos de nuevo al mundial. Pero estas nociones provenían de razonamientos confusos y contradictorios, que no evaluaban ni reconocían cabalmente lo sucedido previamente, y mucho menos las características de la nueva circunstancia.

Pero el equipo como tal no existía, y lo aparentemente internalizado desde 1987 a la fecha no aparecía por ninguna parte. Colombia pasaba por tres estados de ánimo, de juego y de resultado: o ganaba con solvencia y goleando, con altas producciones individuales y colectivas, que llevaban a afirmar que éramos igual o mejores que antes; o ganábamos, empatábamos o perdíamos apretando los dientes, defendiéndonos «como varones», dejando todo en la cancha (incluso el fútbol que ya no teníamos) y entonces había que reconocer eso, las ganas; o perdíamos o empatábamos descorazonadamente, desarticulados, sin brújula, ahogados en nuestra propia impotencia, incompetencia. Pero esto, que al final puede ser el desempeño normal de un equipo, generaba desapego, desconfianza, falta de «feeling» de los hinchas y seguidores con el equipo. Y la distancia se sentía en el discurso, crecientemente vacío y autocontenido e insulso del periodismo deportivo y de los medios en general, pues hacían visible que su interés en el triunfo era vender más y su inquina en la derrota pasaba por el amarillismo de un equipo que ni escándalos generaba. En efecto, ya de alcohol e indisciplina, de mujeres y de roscas, no se podía hablar, o por lo menos no en el sentido en que, previamente, había sido un tópi-

co justificatorio. La selección ya no era «mi selección», entreverada con Águila y Bavaria.

Ahora bien, si de lo relatado se intenta sacar alguna conclusión sobre los discursos de lo nacional en el triunfo y en la derrota, habría que señalar, en términos muy generales, la desdramatización de ambas circunstancias. Pero, por lo mismo, su pérdida de profundidad y alcance. Se volvió a ganar y a perder como en un juego y como algo normal. Y eso, que es bueno, es poco propicio para los discursos y las imágenes de lo nacional, porque no se nutre de un balance equilibrado y apropiado de lo sucedido, sino de un temor y un cansancio ante argumentaciones falaces.

Dicho de otra forma, resulta conveniente la desdramatización del triunfo y la derrota, y romper con ese círculo vicioso que incluía muertos en cualquiera de las dos circunstancias. No obstante, hay algo de experiencia no aprovechada, de aprendizaje fallido, de incapacidad para decantar lo bueno de lo sucedido, aprender de lo malo y, por tanto, replantearse el futuro, a partir de un balance sobrio pero exigente. Es decir, no parece existir la capacidad para replantearse las cuestiones, desde un punto de partida que está más allá de la situación inicial previa. Al contrario, y aunque parezca contraevidente, la sensación es botar a la caneca casi 15 años de historia, por que sí.

Esto, en la práctica implica incluso estar en un punto de partida más frágil y cuestionable que aquel del cual se partió. Y ello genera dificultades aun mayores y la imposibilidad de pensar en un futuro promisorio. En

lugar de encadenar procesos relativamente incrementales, es como si se tratará de procesos independientes, eventualmente paralelos, pero sin que perdure algún rasgo de lo previamente construido.

De otra manera, si eran otros, bajo otros postulados, otra experiencia, otro color y otro sabor, resulta sorprendente que la vivencia del fracaso sea, en principio y por los argumentos utilizados, prácticamente igual; entonces el listado de asuntos resulta tan reiterativo que sólo sirve para confirmar lo argumentado. Es como si lo vivido de 1985/7 a 2001 y lo construido, en términos de Nación, se hubiese ido por un hueco negro que nos deja sin memoria, sin referente, sin un imaginario válido y propositivo de aquello que llegó a conmocionarnos como país y como sociedad. Y claro, con las características que ha tenido el desempeño de la selección de mayores de entonces a hoy, esa labor de deconstrucción resulta enormemente potente y arrasadora.

Frente a esto, los argumentos manidos que se han utilizado son, más o menos, los siguientes: no eran tan buenos como se creían (lo cual es virtualmente paradójico y contradice muchas afirmaciones previas), no sudan la camiseta (lo que de por sí es el argumento de consolación más utilizado e inútil que existe), es culpa de los jugadores, es culpa del técnico, lo manejaron (desde fuera o desde dentro), fueron los directivos, son unos ladrones, no quieren su país, no quieren su camiseta, ya ni siquiera jugamos como nunca, es mejor así porque en el mundial no teníamos con qué hacer nada, es que definitivamente así somos los colombianos: indis-

plinados, faltos de amor por la patria, irresponsables, incapaces, eso somos, estábamos eliminados desde hace mucho rato.

Al final, hoy, queda muy poco para recordar. Como me dijo mi hijo durante el desayuno, al otro día del partido: «papi, en la próxima eliminatoria iré por Brasil que sí gana». Y claro, los adolescentes de hoy, que nacieron y crecieron clasificados y aprendieron a querer y desquerer desde esa condición. Los jóvenes nacidos del 94 a hoy no tienen ese referente, pero sí el vacío, al cual se ha hecho referencia. Adicionalmente, lo que conocen de los grandes jugadores no está asociado al fútbol, sino a los *realities* de televisión, programas en los cuales los grandes futbolistas, de esos quince años mágicos, se destacan significativamente e incluso reivindican su, a veces, maltrecha imagen pública, como ha sido el caso de Asprilla, pero, sobre todo, de René Higuita. Y esa labor de los *realities*, en un país que no cuida a sus ídolos, es importante y meritoria, pero curiosamente no pasa por el fútbol, sino por su capacidad y disciplina para desempeñarse bien en los retos de supervivencia y competencia en que tienen que desenvolverse para el *rating* de la televisión. En definitiva, el espacio-tiempo del discurso de lo nacional se ha quedado vacío y quienes se lo apropiaban renuncian a quince años de historia (e históricos) para estar en un punto de partida aun peor que aquel en que se inició el proceso.

ENTRE COMPARACIONES Y FRONTERAS

¿Y a qué viene esta referencia de lo que pasa con los vecinos? Tal vez al reconocimiento de que ellos están viviendo lo que aquí se vivió, pero sin los excesos y desmesuras que atra-

vesamos nosotros. Obviamente, cada situación nacional es diferente, pero en esa diferencia nos permite contrastar y aprender.

En primer lugar, el caso ecuatoriano resulta muy significativo por varias razones. Porque en cualquier examen que se haga de la evolución del fútbol en la región, resulta evidente que el país que más ha crecido en su desempeño es Ecuador. Desde cualquier punto de vista, ellos ocupan el lugar que nosotros llegamos a ocupar en la élite del fútbol suramericano. Y lo han hecho sin grandes aspavientos y sin llegar a configurar un equipo que amenazara, desafiara o surgiera como una nueva y refrescante alternativa, cuestión que sí pareció marcar aquella selección Colombia, a finales de los ochenta y en la antecala del mundial de 1994.

Pero, adicionalmente, y si bien el crecimiento del fútbol ecuatoriano tuvo incluso algún paralelo con esa brillante generación de Colombia (con Alex Aguinaga como referente), nadie pone en duda que su maduración y sus sucesivos logros han tenido como protagonistas a técnicos colombianos. Además, y ello es lo paradójico, con la misma secuencia que se vivió en Colombia, pero tal vez con la salvedad de que, con Maturana, Ecuador no logró ningún triunfo verdaderamente importante.

En ese proceso, se han dado el lujo de cambiar de técnico, de avanzar el recambio generacional con un éxito indiscutido e incluso con la sensación de haber solidificado el equipo (al igual que Colombia para su segundo mundial consecutivo en 1994). Y superaron los amagos de crisis y de excesos, que

alcanzaron a presentarse en los momentos previos a la primera clasificación (con atentado y renuncia del entonces técnico «Bolíll» Gómez). En ese trayecto, también, reivindicaron la importancia de la altura en Quito, procesaron las divergencias regionales entre los Andes y Guayaquil, sobrepasaron las inestabilidades políticas e institucionales y aislaron, relativamente, al equipo de los asuntos de disputa pública y se afianzaron en el trabajo repetido de su estrategia y su táctica, eminentemente futbolera. Ahí están, y sin grandes aspavientos pueden tratar de superar la actuación que tuvieron en 2002. Aunque es difícil, no resulta del todo imposible intentar pasar la primera ronda.

En segundo lugar, el caso venezolano, por su parte, no ha alcanzado los logros ecuatorianos, pero sí ha roto con una tradición histórica de magros desempeños. Detrás de esos avances significativos y que le permitieron competir prácticamente hasta la última fecha, está un trabajo serio, ordenado y constante, encabezado por el médico Richard Páez, técnico en los últimos años del seleccionado venezolano. Con jugadores trabajados desde las categorías menores y explotando al máximo un mayor fogueo internacional, la selección de Venezuela de final de la anterior eliminatoria (1999-2001) y de toda la más reciente (2003-2005) se encargó de dañarle el caminado a rivales con mayor trayectoria, tradición, favoritismo. Así lo hizo con varios rivales, como Uruguay y Perú, y, sin lugar a dudas, con Colombia. Para los venezolanos, que comenzaron por fin a llenar sus estadios de fútbol, todavía se está lejos de derrocar al béisbol como deporte nacional, pero el proceso ha comenzado y parece tener

desarrollos interesantes, en un momento político de polarización y disputa política extrema. Falta ver si, a pesar de la eliminación y del requerido recambio de una generación que empezó a jugar en las ligas nacionales de la región y algunos incluso en Europa, se conserva la solidez del trabajo y se dan los pasos requeridos para mantener un nivel alcanzado y una mayor posibilidad de obtener triunfos importantes. Aquí, más que con Colombia, el contraste parece muy notable con países como Bolivia y Perú, que parecen haber perdido el norte de la cuestión.

Finalmente, el caso más distante pero no por ello menos interesante, se encuentra en Panamá. Es otra región competitivamente hablando y el logro estuvo en pasar a la ronda definitiva, con los históricos como México, Costa Rica y Estados Unidos. Y en mostrar rotundamente las debilidades de los equipos colombianos, que no son de primera línea. En Panamá es menos profundo y extenso el trabajo y, por ello, puede coincidir más bien con una buena racha en que convergieron jugadores y técnico (colombiano también, por cierto). Pero, dada la coincidencia, valía la pena cerrar la referencia a los países vecinos.

En síntesis, tres fronterizos históricamente más débiles en fútbol, parecen vivir un período de auge, con hondas, aunque distintas, significaciones para la cuestión nacional, mientras el caso colombiano parece derivar y retroceder sin solución. El contraste realza nuestras fragilidades, a la vez que señala posibilidades y potencialidades en medio de procesos menos espectaculares y vistosos que, por ello, pueden resultar más profundos y duraderos.

¿Y AHORA QUÉ?

Pues bien, y ya sin mucho espacio, vale la pena recoger algunos planteamientos básicos. El nexo entre fútbol, selección nacional y Nación parece relevante, pero, sin duda, sus manifestaciones, profundidad, alcance y, en definitiva, su trayectoria depende mucho de cada país y de sus desempeños y circunstancias futbolístico-nacionales. El caso colombiano, estudiado con mayor cuidado, rigor y sistematicidad, ofrece posibilidades llamativas, pero, ante las sucesivas derrotas, plantea interrogantes que van desde el sentido hasta el alcance de ahondar en la cuestión. Pero, a su vez, ofrece un variado menú de opciones conceptuales y metodológicas que resulta importante no perder de vista. Los otros casos muestran la diversidad y complejidad del asunto. Sin duda, el caso ecuatoriano (y en un cierto sentido el costarricense) ofrece una amalgama de asuntos comunes, que pueden resultar analíticamente llamativos por la diversidad de respuestas y posibilidades, dentro de un referente de reafirmación nacional. Los casos venezolano y panameño requieren de mayor elaboración, siempre y cuando el proceso futbolero de sus seleccionados lo permita. De lo contrario, habrá que volver sobre el béisbol y otras prácticas de mayor calado nacional. De avanzar en la perspectiva comparada sugerida muy rápidamente, los demás casos de la región ameritarían un esfuerzo clasificatorio. En cualquier caso, el tema sigue latente y, por momentos, adquiere toda la relevancia: en este mundo globalizado y posmoderno, lleno de contradicciones, tensiones, diversidad y fragmentación, homogeneidad e imperialismos, el fútbol, la selección y la Nación constituyen una tríada útil para leer los fenómenos profundos del orden social.

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo (ed.). *Peligro del Gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: Colección Grupos de Trabajo, CLACSO; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales: 2000.
- Anderson, Benedict. *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*. London: Verso, 1990.
- Archetti, Eduardo. «El potrero y el pibe: territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino», en *Nueva Sociedad*, N° 154 (1998).
- . Argentinian Football: traditions and national identity», en Mader, Elke y Maria Dabringer (Hrsg.) *Von der realen Magie zum Magischen Realismus*. Berlín: Brandes & Apsel, Südwind, 1999.
- Arias, Eduardo, «Ay, la Selección», en José Arteaga, Andrés Dávila y Juan Gonzalo Zapata. *Colombia Gol: de Pedernera a Matuana, grandes momentos del fútbol*. Bogotá: CEREC-LdeG, 1991.
- Blanchard Kendall y Alyce Cheska, *Antropología del deporte*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 1986.
- Blatt, Robert. «Dios existe», en *Letra Internacional*, N° 44, 1996.
- Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, México, Editorial Grijalbo, 1990.
- Caillois, Roger, *Los juegos y los hombres: la máscara y el vértigo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Cárdenas, José María y Socorro Ramírez. *Colombia-Venezuela: agenda común para el siglo XXI*, Bogotá: Tercer Mundo Editores, Grupo Académico Binacional, 1999.
- Dávila, Andrés. «Fútbol y cultura nacional», en *Revista Universidad de Antioquia*, N° 236, Medellín, 1994.
- Eco, Humberto. «El mundial y sus pompas», en *Letra Internacional*, N° 44, 1996.
- Elías, Norbert y Eric Dunning. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Ferro, Germán. «Ídolos del fútbol e identidad nacional», en *Gaceta 47*, Bogotá, 2001.
- Greimas, A. J. *Semántica Estructural*, Madrid, Ed. Gredos, 1976.
- Huizinga, Johan. *Homo Ludens*, Madrid, Alianza-Emecé, 1987.
- Jeu, Bernard. *Análisis del deporte*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 1988.
- Lever, Janet. *La locura por el fútbol*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Maturana, Francisco y José Clopatofsky. *Maturana*. Bogotá, El Tiempo-Intermedio Editores, 1990.
- . *Maturana: talla mundial*. Bogotá, Intermedio Editores, 1994.
- Melo, Jorge Orlando. «Etnia, región y Nación: el fluctuante discurso de la identidad: notas para un debate», en *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*. Colección Historia No. 4. Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek, 1992.
- Morris, Desmond. *El deporte rey*. Barcelona, Editorial Argos Vergara, 1992.
- Nuño, Juan. «Razón y pasión del fútbol», en *Letra Internacional*, N° 44, (1996).
- Palmer, Catherine. «From theory to practice: experiencing the Nation in everyday life», *Journal of material culture*, vol. 3 (2).
- Quinceno, Humberto. «Jugar es algo más que ganar», en *Revista Foro*, N° 12 (1990).
- Rey, Germán «La ficción de las diferencias: representaciones de las relaciones entre Colombia y Venezuela en la prensa escrita colombiana en la década de los noventa», en Cárdenas, José María y Socorro Ramírez. *Colombia-Venezuela: agenda común para el siglo XXI* Bogotá: Tercer Mundo Editores, 2000.
- Thomas, R., A. Haumont y J. L. Levet. *Sociología del deporte*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 1988.
- Varios autores. «Alrededor del fútbol», en *Revista Universidad de Antioquia*, N° 236, Medellín, 1994.
- Varios autores, en *El Viejo Topo*, N° 94 (1994).
- Varios autores. «Fútbol e identidad nacional», en *Cuadernos de Ciencias Sociales*, N° 91, San José, 1996.

Varios autores. «Fútbol, identidad y política», en *Ecuador Debate*, N° 43, Quito, 1998.

Varios autores. «Fútbol y Nación», CD-memorias, 2001.

Varios autores. «Identidades en flujo: telenovela, rock, fútbol, carnaval y nación», *Gaceta*, N° 47, Bogotá, 1999.

Varios autores. «Les enjeux du football», en *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 103, Paris, 1994.

Varios autores, en *Letra Internacional*, N° 44, 1994.

Varios autores. *Materiales para una sociología del deporte*, Madrid, La Piqueta, 1990.

Verdú, Vicente. *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*. Madrid, Alianza Editorial, 1980.

Vinnai, Gerhard, *El fútbol como ideología*, México, Siglo XXI Editores, 1986.

NOTAS

1. Valga decir que fue una ocurrencia lo del autogol, como para indicar aquello del absurdo. Pero al revisar el texto, me llega con toda su fuerza lo sucedido con Andrés Escobar e, inevitablemente, tengo que mencionarlo tal vez para resaltar que la imagen no es tan original y que ya pasamos por ello. Y que a algo así es que quería hacer referencia.

2. Los dos últimos elaborados en coautoría con Catalina Londoño y como parte de la investigación sobre belleza, fútbol y religiosidad popular que se adelantó en conjunto con Germán Ferro e Ingrid Bolívar.

3. Dávila y Londoño, 2001, p. 87.